

Evangelización y santidad ante el V Centenario: ¿Juan Diego a los altares?

Fidel Quiroz

Introducción

ERAN las dos de la tarde en S. Domingo del 11 de octubre de 1984. El Papa peregrino por segunda vez (después de 6 años) besaba suelo dominicano. Esta vez para inaugurar, junto con el Episcopado y toda la Iglesia hispanoamericana, la “novena de años” de preparación espiritual al V Centenario del comienzo de la Evangelización de América, del comienzo de la fe y de la Iglesia de Cristo en el nuevo mundo. ¿Por qué en S. Domingo? Porque fue aquí donde hace 500 años se plantó la primera cruz, se celebró la primera misa y se rezó la primera “Ave María”. De aquí, desde esta isla de S. Domingo (La Española), la nueva luz de la fe cristiana se difundió en todas las direcciones del continente americano, recientemente descubierto.

“La Iglesia, hoy como ayer — decía el Papa en el Aeropuerto de S. Domingo, el mismo día de su llegada —, tiene algo propio que ofrecer a este Continente; algo vital para el presente y para el futuro: la luz y la fe de Cristo”.¹ Por eso, en la homilía pronunciada durante la misa “Por la Evangelización de los pueblos” el mismo jueves 11 de octubre, el Papa invitaba a todos (obispos, sacerdotes y pueblo de Dios de Hispanoamérica) “*a seguir*, ya desde ahora, durante esta novena preparatoria de años, *las huellas de todos aquellos mensajeros*”.

¹ JUAN PABLO II, Discurso en el Aeropuerto de S. Domingo, jueves 11 de octubre 1984, en: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VII, 2 (1984) 875.

ros de la fe, que viniendo hasta aquí desde finales del s. XV, han dado testimonio como el apóstol Pablo: 'No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús' (2Cor.4,6)".² "América Latina —continuaba el Papa— se ha convertido en la tierra de la *nueva visitación*. Porque sus habitantes han acogido a Cristo, traído en cierto sentido en el seno de María, cuyo nombre llevaba ya una de las tres carabelas de Colón. Y se ha unido de modo particular a Cristo mediante *María*. Por ello este Continente es hasta hoy testigo de una particular presencia de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia".³

Así, aquella primera Evangelización dio sus frutos: frutos de vida cristiana vivida con heroísmo y entrega por tantos cristianos; frutos de santidad personal en tantos hombres y mujeres que han tratado de vivir las Bienaventuranzas en este Continente, recorrido a lo largo y a lo ancho por celosos misioneros que fueron sembrando en él la semilla de la Palabra de Dios, de la fe en Cristo Redentor del hombre; frutos también de caridad y servicio en tantos centros de asistencia y promoción social.

Al día siguiente, 12 de octubre, en la ceremonia de apertura del "Novenario de años" promovido por el CELAM, el Papa desarrolló los temas de la "fidelidad al pasado de fe, mirada a los desafíos del presente, compromiso por una nueva Evangelización". Sobre esto último, les decía a los Obispos: "Por ello la Iglesia ve en este jubileo un llamamiento a *un nuevo esfuerzo creador en su Evangelización...* A una Evangelización nueva que complete la obra de los primeros evangelizadores".⁴ Y concluía el Papa: "El próximo centenario del descubrimiento y de la primera Evangelización nos convoca pues a una nueva Evangelización de América Latina, que despliegue con más vigor *un potencial de santidad, un gran impulso misionero, una vasta creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y comunión, un combate evangélico de dignificación del hombre, para generar, desde el seno de América Latina, un gran futuro de esperanza*".⁵

² JUAN PABLO II, Homilía durante la Misa para la Evangelización de los pueblos, jueves 11 de octubre 1984, en: *Insegnamenti...* p. 877.

³ *Ibid.*, p. 879.

⁴ JUAN PABLO II, En la Apertura del "Novenario de años" promovido por el CELAM, viernes 12 de octubre 1984, en: *Insegnamenti...* p. 887.

⁵ *Ibid.*, p. 896.

En este marco de preparación para las celebraciones del V Centenario del inicio de la Evangelización de las tierras de América y de desafío a una “nueva Evangelización” del Continente americano, recordemos no sólo a sus grandes evangelizadores, a los obispos protectores de los indígenas, sino también a sus santos, Rosa de Lima, Martín de Porres, Pedro Claver, Francisco Solano...; a los que están para ser elevados a los altares. En esta *Nota* me propongo recordar y presentar la figura de uno de éstos que próximamente será beatificado, posiblemente durante el viaje de Juan Pablo II a México, del 6 al 13 de mayo de 1990: Juan Diego, el indio mexicano que fue depositario y transmisor del mensaje de la Virgen de Guadalupe al nuevo pueblo que surgía de las cenizas aún humeantes de la vieja Tenochtitlán, conquistada a sangre y fuego hacía apenas 10 años por las huestes del conquistador hispano Hernán Cortés. Juan Diego, uno de aquella raza vencida y humillada, uno de los primeros en recibir el mensaje cristiano.

1. Datos biográficos del siervo de Dios, Juan Diego

Juan Diego (Cuauhtlatoa: “Aguila que habla”), indio chichimeca de lengua náhuatl,⁶ nació en el “Calpulli” (caserío) de Cuautitlán⁷ en el margen izquierdo del lago de Xaltocan, posiblemente el año 1474.⁸ La organización familiar y la tradición prueban que, aunque no se tenga información acerca de quiénes fueron sus padres, él era descendiente del grupo familiar y gremial que se asentaba en el barrio llamado de Tlayácac, perteneciente al poblado de Cuautitlán⁹. Posiblemente quedó huérfano a temprana edad y pasó, según la ancestral costumbre, bajo la tutela de su tío paterno Ber-

⁶ Al momento de la llegada de los españoles la etnia chichimeca, a la que pertenecía Juan Diego, se asentaba principalmente en el Reino de Texcoco, Tlacopan (Tacuba), Atzacapotzalco y Tlaxcala.

⁷ Dice el NĪCAN MOPOHUA: “En aquella sazón, el año 1531, a los pocos días del mes de diciembre, sucedió que había un indito, un pobre hombre del pueblo, su nombre era Juan Diego, según se dice, vecino de Cuautitlán”. El NĪCAN MOPOHUA es la narración completa más antigua de los hechos ocurridos en el Tepeyac. Su autor fue un indio chichimeca de nombre Antonio Valeriano. Escrito en torno al 1552 y 1560.

⁸ Se desconoce la fecha exacta de su nacimiento; el año 1474 se deduce de la información que da don Fernando de Alba Ixtlilxóchitl: “murió en el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho... andaba en los setenta y cuatro cuando murió...”.

⁹ Para entender la organización social y familiar de los chichimecas el mejor estudio es el del Profr. Ramón Sánchez Flores, *Familia y contemporáneos de Juan Diego*, en: *Juan Diego, el vidente del Tepeyac*. Monumenta Historica Guadalupensis, México 1979, pp. 95-108.

nardino, que vivía en Tulpetlac, más hacia el sur en la dirección de Tenochtitlán.¹⁰

Testigo de la caída y conquista de Tenochtitlán (agosto 1521), tendría entonces unos 46 años, sería de los primeros en abrazar la fe cristiana, según la noticia que nos transmite Motolinía en su "Historia de los indios de la Nueva España": "El pueblo a que primero salieron los frailes a enseñar fue Cuautitlán, cuatro leguas de México...".¹¹ Los primeros 12 franciscanos llegaron a la Nueva España en 1524¹² y comenzaron su obra de evangelización precisamente en esta región del Reino de Texcoco, habitada por chichimecas, que eran confederados de los mexicas de Tenochtitlán.¹³ Texcoco fue el primer sitio donde se realizaron los primeros bautizos y casamientos. Al mismo tiempo otro grupo de franciscanos se estableció en Tlatelolco, que pertenecía a los mexicas de Tenochtitlán y después de la conquista de la ciudad fue encomendada a los chichimecas de Texcoco, aliados de los españoles. En Tlatelolco los franciscanos construyeron en 1534 una Iglesia y un convento.¹⁴ Juan Diego con su mujer María Lucía y su tío Bernardino recibió el bautismo a los 50 años de edad (1524), después de dos años de intensa preparación catequética. Cinco años después murió su esposa (1529).¹⁵

Por lo que se refiere a su posición social, recordemos que entre los chichimecas no existía el sistema de "castas". La sociedad chichimeca tampoco era una sociedad estática en cuanto a clases sociales, basadas en privilegios de sangre. Al momento de la llegada de los españoles un "Principal" (Pipilt), por muy ilustres que fuesen sus

¹⁰ Todos estos datos han quedado confirmados por los recientes descubrimientos arqueológicos.

¹¹ MOTOLINIA FR. TORIBIO, *Historia de los indios de la Nueva España*, México 1984, p. 78.

¹² FR. PEDRO DE GANTE, el gran educador flamenco, había llegado el año anterior (1523).

¹³ Cfr. ALBA IXTLILXÓCHITL, F., *Compendio del Reino de Texcoco*, tI, México 1965, p. 491.

¹⁴ Precisamente el sábado 9 de diciembre de 1531 Juan Diego se dirigía a Tlatelolco a la "doctrina" y a los oficios divinos. Naturalmente aún no existía ni la iglesia ni el convento. Posiblemente se trataría de un local destinado a la instrucción religiosa de los indígenas, como da a entender Motolinía en su *Historia de los indios de la Nueva España*, p. 78.

¹⁵ El NICAN MOTECPANA dice que "dos años antes de que se le apareciera la Inmaculada murió su mujer que se llamaba María Lucía". El NICAN MOTECPANA fue escrito en lengua náhuatl por Dn. Fernando de Alba Ixtlilxóchitl a finales del s. XVI y principios del XVII. El original se encuentra en la sección de manuscritos, Monumentos Guadalupanos de la Biblioteca Pública de Lennox, New York, U.S.A.

antepasados, debía ganar su puesto en la sociedad a base de méritos personales, y era degradado si no contaba con ellos; por el contrario, un "Plebeyo" (Macehualt) era inmediatamente ascendido si había hecho méritos, por ejemplo, en las guerras. A grandes rasgos la sociedad chichimeca estaba dividida en: "Pipiltin" (principales), "Macehualtin" (plebeyos, como agricultores, artesanos, guerreros), "Pochteca" (comerciante) y "Tlatacotin" (esclavos). Según los modernos investigadores Juan Diego fue un "Pipilt", por más que en el NICAN MOPOHUA y otros documentos antiguos digan que fue un "Macehualt";¹⁶ y la razón que dan es que Juan Diego poseía casas y tierras. Después de las apariciones, cuando su tío Bernardino quiso vivir con él junto a la ermita construida en honor de la Virgen, "le dijo que convenía que se estuviera en su casa, para conservar las casas y tierras que sus padres y abuelos les dejaron".¹⁷ Lo de "Macehualt" que aparece en varios documentos antiguos, lo interpretan estos historiadores como un acto de pobreza evangélica, libremente aceptada, para dedicarse al servicio de la "Señora del cielo" en su ermita del Tepeyac.¹⁸

Convertido a la fe cristiana, acudía muy puntual sábados y domingos a los oficios religiosos y a la "doctrina" que los padres franciscanos tenían en Tlatelolco,¹⁹ a cuatro leguas de Tulpetlac, cerca del Lago de Texcoco, donde se cree que vivía con su tío paterno Bernardino después de la muerte de su esposa (1529). Para llegar puntual a Tlatelolco tenía que madrugar. El indio chichimeca aprendía y asimilaba rápidamente, tenía muy ejercitada la memoria; atestiguan los misioneros que los indios podían repetir de memoria un sermón íntegro con sólo oirlo.²⁰ Todo esto hace verosímil que el diálogo

¹⁶ Según estos documentos Juan Diego era un hombre que se dedicaba a las labores del campo. El "Inin Huey Tlamahuizoltzin" (Doc. en lengua náhuatl escrito entre el año 1541 y 1545 por el sacerdote Juan González; es importante por ser anterior al NICAN MOPOHUA en la narración de los hechos de 1531) lo describe como "un pobre hombre del pueblo, un macehuatl de verdadera piedad, dicho labriego, pobre cosa, pobre mecapan...".

¹⁷ Este dato viene en el NICAN MOTECPANA.
¹⁸ Entre los historiadores que defienden esta interpretación está el P. Lauro López Beltrán en: MANRÍQUEZ y ZÁRATE J., *¿Quién fue Juan Diego?* Introducción, Notas y Disertaciones del P. Lauro López Beltrán, México 1989, p. 13.

¹⁹ Con la caída de Tlatelolco el 13 de agosto de 1521 se concluye la conquista de Tenochtitlan. En esta gesta como en toda la conquista los españoles fueron ayudados por los chichimecas, encabezados por su Rey Ixtlilxóchitl; por este motivo, cuando hubo reparto de tierras, "cúpole en la repartición a Tlatelolco", según lo afirma Dn. Fernando de Alba Ixtlilxóchitl.

²⁰ Cfr. MENDIETA Fr. G., *Historia Eclesiástica-Indiana*, lib. 3, cap. 19, México 1945.

entre la Virgen y Juan Diego sea rigurosamente fiel, tal como viene en la narración del NICAN MOPOHUA.

Para entender la religiosidad de Juan Diego y su rápida e incondicional aceptación del mensaje cristiano con todas sus consecuencias, quizá convenga recordar algunos elementos de la religión de los chichimecas de Texcoco y alrededores. La religión de esta etnia, dice un estudioso, había evolucionado mucho, pasando de un politeísmo craso al monoteísmo que cantaba el Rey Poeta Netzahualcōyotl, y encontraba su expresión en el Dios "Yohualli-ehecatl" (invisible e impalpable), "In tloque in nahuaque" (el dueño del cerca y del junto), "Ipalnemohuaui" (aquel por quien se vive), "Toteceño in Ilhuicahua in Tlaltipeque in mictlane" (Nuestro Señor, dueño del cielo, de la tierra y de la región de los muertos). El terreno del monoteísmo estaba, pues, preparado para recibir la semilla del Evangelio de Jesucristo.

Después de las apariciones Juan Diego abandonó su casa y propiedad de Tulpetlac y se estableció en una pequeña casa, junto al templo o ermita recientemente construido por deseo de la Virgen, y en el que se veneraba su santa imagen, impresa en el ayate del mismo Juan Diego. Durante 17 años permaneció allí, dedicado exclusivamente al cuidado y conservación del templo de la "Señora Reina del Cielo", viviendo como un ermitaño, entregado a la oración y a la penitencia",²¹ hasta su muerte ocurrida en 1548. Tenía 74 años de edad.

2. El contexto histórico de las apariciones

Corría el año del Señor 1531. España se consolidaba como gran potencia. Los ejércitos de Carlos V de Alemania y I de España trataban de frenar los avances de los turcos por Europa. Simultáneamente el Emperador trataba de salvar la unidad religiosa de la Cristiandad en peligro por la rebeldía de un fraile agustino llamado Martín Lutero. En Roma gobernaba Clemente VII, el segundo Papa Medici, que acababa de hacer las paces con el Emperador, y se disponía a mediar entre Carlos V y el Rey francés Francisco I.

²¹ "A diario se ocupaba en cosas espirituales y barría el templo. Se postraba delante de la Señora del Cielo y la invocaba con fervor, frecuentemente se confesaba, comulgaba, ayunaba, hacía penitencia, se disciplinaba, se ceñía cilicio de malla y escondía en la sombra para poder entregarse a solas a la oración y estar invocando a la Señora del Cielo". Todas estas noticias nos han sido transmitidas en el NICAN MOTECPANA.

En el Nuevo Mundo han transcurrido ya diez años desde la caída de la gran Tenochtitlán y siete desde la llegada de los doce primeros franciscanos. Por entonces todos los indios, incluso los chichimecas, fueron maltratados por la ambición e incomprensión de los conquistadores, a los que se enfrentaban los franciscanos y el “obispo electo” Fr. Juan de Zumárraga. La Nueva España estaba gobernada por la primera Audiencia. Aquel territorio del Valle de México dominado antes por los mexicas, era ahora controlado por la Corona de España. Pero el mundo mesoamericano luchaba por sobrevivir. Persistían culturas, tradición, formas de ser y de vivir, todavía se hablaba con “flores y cantos”, aún no se apagaba la voz de los sabios y el rumor del “huehuetl” y el canto del caracol sonaba en la distancia tratando de mantener con vida parte de su antiguo esplendor. El encuentro, el choque de las dos culturas era inevitable.

La evangelización entre los chichimecas de Texcoco y Tlaxcala resultó más tranquila, menos dramática, gracias a la alianza de éstos con los hombres de Cortés en la guerra contra los aztecas de Tenochtitlán.²² Esta alianza y ciertos precedentes de la tradición de los chichimecas²³ allanaron el camino a la evangelización; y, según cuenta Motolinía, los primeros bautizos y casamientos se hicieron en Texcoco el año 1524. Juan Diego, bautizado en 1524, sería de los primeros en convertirse; y según uno de los testigos que declararon en el “Proceso canónico” de 1666 para solicitar a Roma el reconocimiento oficial de la fiesta del 12 de diciembre, Juan Diego fue siempre “muy buen cristiano, temeroso de Dios y de su conciencia”. “De muy buenas costumbres y modo de proceder. Siempre ocupado en el ministerio de servicio de Dios Nuestro Señor”. “Acudía con frecuencia a la doctrina y era muy puntual”.²⁴

Y a propósito de su formación cristiana, las fuentes de la tradición Guadalupana dicen que acudía todos los sábados a la “doctrina” que los padres franciscanos tenían en Tlatelolco; y allí aprendía

²² Dn. Fernando de Alba Ixtlilxóchitl cuenta en su historia del Reino de Texcoco cómo el Rey de Texcoco Ixtlilxóchitl “arriesgando su vida muchas veces por librar a los españoles de sus enemigos los mexicanos, que si no fuera por él y sus hermanos, deudos y vasallos, hubo ocasiones en donde podían matarlos sin que quedase uno tan solo, si no fuera por él y los suyos como tengo referido...”. (p. 468).

²³ Según la tradición el dios “Quetzalcóatl” había de regresar por el lado del golfo. Para estos indígenas los españoles, considerados como dioses, eran el cumplimiento de esta profecía de Quetzalcóatl. Y así los recibieron.

²⁴ Las “informaciones jurídicas” de 1666 están recogidas en: *Informaciones sobre la Milagrosa Aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe, recibidas en 1666 y 1723*, a cargo del Bachiller Fortino Hipólito Vera, Amecameca, México 1889.

y asimilaba vitalmente las verdades de la fe cristiana. Todos los sábados “iba muy de madrugada a Tlatelolco a seguir las cosas de Dios”.²⁵

3. Personalidad y virtudes de Juan Diego

Los documentos y testimonios antiguos son constantes y consistentes por lo que se refiere al hecho de las apariciones, pero avaros de noticias sobre la personalidad y virtudes del siervo de Dios. Y se comprende. “El mensajero no podía suplantar a su Señora”. Así el instrumento humano pasó, en la tradición oral y escrita, a un segundo plano; quedó casi en la sombra. Hay que tener en cuenta, además, que el náhuatl era sólo una lengua hablada. Sólo posteriormente, con la llegada de los españoles y de los misioneros, los indígenas más cultos aprendieron a escribir su propia lengua con caracteres latinos. Sólo entonces comenzaron a aparecer por escrito las primeras narraciones de los hechos ocurridos en el Tepeyac. Las primeras en torno al año 1545-1550. El NICAN MOPOHUA (1552-1560), escrito en náhuatl con caracteres latinos tiene una especial importancia histórica y religiosa por ser la narración más completa de los hechos, y porque su autor don Antonio Valeriano (muerto en 1605), un sabio indígena-chichimeca de Azcapotzalco, conoció a Juan Diego y seguramente escuchó de sus labios el relato completo de las apariciones y de los diálogos con la Virgen.²⁶

Para tener más información sobre la persona y virtudes de Juan Diego hay que acudir a otros documentos posteriores, como el NICAN MOTTECPANA, escrito en lengua náhuatl a finales del siglo XVI y cuyo autor fue el sabio y noble indígena Dn. Fernando de Alba Ixtlilxóchitl, descendiente de los reyes de Texcoco; y sobre todo a las “Informaciones” del proceso canónico de 1666, donde expresamente se les hicieron a los testigos algunas preguntas sobre la persona y virtudes de Juan Diego.²⁷ Se podría añadir la obra del P. Fran-

²⁵ Cfr. NICAN MOPOHUA.

²⁶ Don Antonio Valeriano fue de los fundadores del Colegio de “Santa Cruz” de Tlatelolco en 1536, del que fue alumno distinguido, profesor y director. Fue también el mejor colaborador de Fr. Bernardino de Sahagún en la composición de su monumental obra, *Historia General de las cosas de la Nueva España*. Juez y Gobernador indio de México durante 35 años. Muy estimado por su piedad, ciencia y justicia.

²⁷ El “Proceso Canónico” de 1666 fue promovido por el obispo de Puebla, Dn. Diego Osorio de Escobar y Llamas, en calidad en ese momento de gobernador interino del Arzobispado de México (sede vacante) y Virrey de la Nueva España, para solicitar a la Santa Sede Misa y Oficio propio en honor de la Virgen de Guadalupe, y que su fiesta fuera celebrada el 12 de diciembre, aniversario de las apariciones, y no el 8 de septiembre como se venía haciendo.

cisco de Florencia, *La Estrella del Norte* (1688). Está también el testimonio escrito de Andrés de Tapia, uno de los lugartenientes de Cortés en la conquista de Tenochtitlán; contemporáneo, por tanto, de Juan Diego y conocedor de los hechos de 1531. En su crónica da fe de lo ocurrido, indicando expresamente que fue Juan Diego, un indio chichimeca de Cuautitlán, el protagonista de los hechos ocurridos a las faldas del Tepeyac.

De todos estos testimonios orales y escritos, contemporáneos y posteriores a los hechos, que componen la Tradición Guadalupeña, se desprende la imagen de un hombre pacífico y sumamente religioso, que muy pronto abraza la fe predicada por los hijos de San Francisco. Vive conforme a esta fe y desde su posición de laico sirve a Dios, a Santa María y a la comunidad cristiana de sus hermanos de raza. Las "Informaciones" orales de 1666 lo presentan como un hombre sensible ante lo bello, que no ha perdido la capacidad de maravillarse ante el espectáculo de la creación. Casi todos ellos coinciden en considerarlo como un hombre maduro al actuar, tenaz y perseverante al llevar adelante los compromisos tomados. Lo describen también como "hombre honesto", "de buenas costumbres", "sin vicios ni nada que fuese motivo de escándalo con su persona", sumamente coherente y entregado, en esos 17 años que vivió junto a la ermita de la Virgen, a difundir el mensaje de la "Señora del Cielo" y a servir a sus semejantes.²⁸

Entre sus virtudes yo resaltaría su sencillez y humildad, su desprendimiento de los bienes terrenos que le llevarán después de las apariciones a comportarse como un auténtico "macehuatl", a dedicarse exclusivamente al cuidado de la ermita de la Virgen de Guadalupe. El NICAN MOTTECPANA trae una noticia acerca de su piedad y vida sacramental, que hemos citado antes en la Nota 21. Me limito simplemente a recordarla. En este mismo documento encontramos también un testimonio fidedigno, que afirma que el sirvo de Dios vivió en castidad con su mujer después que oyeron un sermón de Fr. Toribio Motolinía sobre el valor de la castidad a los ojos de Dios. Dice textualmente: "...dos años antes que se le apareciera la Inmaculada, murió su mujer, que se llamaba María Lucía, ambos vivieron castamente: su mujer murió virgen, él también vivió virgen,

²⁸ De los 20 testigos ocho rebasaban los 100 años. El "Interrogatorio contenía nueve preguntas que se referían a los puntos sustanciales de la tradición Guadalupeña: el relato de las apariciones, la persona y virtudes de Juan Diego, la imagen estampada en el ayate de Juan Diego... etc. Casi todos los testigos eran vecinos de Cuautitlán.

nunca conoció mujer. Porque oyeron cierta vez la predicación de Fray Toribio Motolinía... sobre que la castidad era muy grata a Dios y a su Santísima Madre; que cuanto pedía y rogaba a la Señora del Cielo, todo se le concedía; y que a los castos que a Ella se encomendaban, les concedía cuanto era su deseo, su llanto y su tristeza".²⁹

Uno de los interrogados³⁰ contestó que "el dicho Juan Diego era un hombre muy quieto y pacífico, buen cristiano, *temeroso de Dios y de su conciencia*... acudía muy de ordinario a la doctrina y divinos oficios a la dicha Iglesia de Tlatelolco, sin faltar en cosas de lo que tenía obligación". "Temeroso de Dios y de su conciencia", es como un estribillo que se repite en todos los interrogatorios. Otro decía: "era hombre en sumo grado bueno, muy católico... frecuentaba a menudo los santos sacramentos de la penitencia y Eucaristía, y procedía con maduro acuerdo en todas sus cosas".³¹

Tratando de hacer una síntesis, tenemos: un hombre temeroso de Dios y su conciencia, frecuentaba los sacramentos, ejemplar en toda su vida cristiana, en el Santuario de la Virgen pasaba los días y las horas entregado a la oración y a la penitencia, su amor por la "Madre del Cielo" lo llevó a dejar todos sus bienes para dedicarse al cuidado y conservación de la ermita del Tepeyac. En conclusión, un cristiano ejemplar, un hombre de Dios y un devoto de la "Reina del Cielo" y Madre de los hombres.

4. La fama de santidad e historia de la causa de beatificación

La fama de santidad de Juan Diego ha sido constante y creciente desde la segunda mitad del siglo XVI. Así lo expresan documentos, pinturas, libros de la época. Existen pruebas de que ya antes del Decreto de Urbano VIII, Juan Diego era considerado como santo por el pueblo, especialmente por los indígenas de la Nueva España. En las diversas pinturas que se hicieron de las apariciones, Juan Diego aparece con aureola.³² Por un Decreto del Papa Urbano

²⁹ ALBA IXTLILXÓCHITL F., Nican Motecpana. La traducción al español es del historiador y nahuatlato Primo Feliciano Vázquez.

³⁰ Andrés Juan, indio de 112 a 115 años, originario de Cuautitlán, el pueblo de Juan Diego.

³¹ Fr. PEDRO DE OYANGUREN de 85 años, de la Orden de Predicadores. Residió en México.

³² Por ejemplo una pintura anónima del siglo XVI donde Juan Diego aparece con aureola, en diálogo con la Virgen.

VIII los restos mortales del siervo de Dios fueron escondidos para suprimir la veneración popular y evitar los excesos del fervor de la gente; y sobre todo para que esto no fuese en detrimento de la causa de Juan Diego.³³ Sin embargo, esta veneración por el siervo de Dios no pudo ser erradicada completamente. Posteriormente, durante los siglos XVIII y XIX los Arzobispos de México permitieron celebrar misas en honor de la Virgen de Guadalupe en lugares que el pueblo conocía como la *Traslatio* de Juan Diego. En los sermones y predicaciones de esta época los oradores usaban siempre los calificativos de “venerable”, “venturoso”.

Por informaciones indirectas se sabe que Fr. Juan de Zumárraga “levantó autos” para dejar constancia del suceso del Tepeyac, pero no se han encontrado estos documentos. En el siglo siguiente, según decíamos más arriba, en 1666 se llevó a cabo un “Proceso Canónico” de información sobre los hechos y las personas que fueron los protagonistas, para conseguir de la Santa Sede el reconocimiento oficial del hecho Guadalupano, pero este interesante documento se extravió y no llegó a su destino. En el siglo XVIII (1739) el historiador italiano Lorenzo Boturini, entusiasta defensor de las apariciones de 1531, opinaba que por respeto al decreto de Urbano VIII y para no dañar la causa de Juan Diego había que evitar todo lo que fuese manifestación de culto sin estar previamente autorizado por la Iglesia.³⁴ El siglo XIX, el siglo de la lucha por la Independencia, pueblo y Jerarquía unidos piden a la Santa Sede la “Corona de oro” para la Virgen de Guadalupe, y en 1894 solicitan de la Congregación de Ritos la aprobación del Oficio propio en honor de la B.M.V. de Guadalupe.³⁵ Pero fue sólo hasta 1974, año del V Centenario del nacimiento de Juan Diego, cuando formal y expresamente el Episcopado Mexicano solicitó a la Santa Sede su Beatificación, proponiéndolo

³³ La fama de santidad y el culto al siervo de Dios era universal y creciente desde antes de los decretos de Urbano VIII. Para acatar las disposiciones de estos decretos la Autoridad Eclesiástica mandó esconder sus restos mortales; pero la veneración y el culto jamás desaparecieron.

³⁴ Don Lorenzo Boturini nació en Sondrio (Italia) en 1702, pequeña población del Obispado de Como. Murió en Madrid hacia 1755. Prendado de la tradición Guadalupana, realizó un trabajo histórico de primer orden con el propósito de hacer coronar la imagen de la Virgen de Guadalupe con la Corona de oro pontificia; para ello realizó una cuidadosa investigación sobre la historia antigua de México, logrando reunir una importante colección de códices, pinturas, manuscritos, que forma su famoso Museo Indiano, conservado en el Archivo y Biblioteca de la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe.

³⁵ El Documento tiene la fecha del 6 de marzo 1894 y se encuentra en el Archivo de la Congregación para la causa de los Santos, Sac. Rituum Congregationis Decreta, anno 1894, f. 6B.

como modelo de laico.³⁶ Juan Pablo II durante su primer viaje a México habló de Juan Diego en dos ocasiones,³⁷ provocando con ello un nuevo anhelo entre el pueblo y la Jerarquía de acelerar su Beatificación. El 15 de junio de 1981 la Conferencia Episcopal Mexicana, reunida en Asamblea Plenaria, se dirigía a su Santidad Juan Pablo II, implorando la Beatificación del siervo de Dios, Juan Diego.

Epílogo. Los niños mártires de Tlaxcala: Heraldos de la Evangelización (1527-1529)

En esta *Nota* que he titulado “Evangelización y Santidad ante el V Centenario” he presentado la figura y santidad de un gran evangelizador, que está por ser elevado a los altares: Juan Diego, evangelizador por el ejemplo de su vida cristiana y por haber sido protagonista de unos hechos sobrenaturales, que marcaron el despegue definitivo de la Evangelización de los indígenas que habitaban el Valle de México.

Antes de terminar, quisiera simplemente recordar de paso a otros “Heraldos de la Evangelización”, que con su palabra (eran catequistas) y con su sangre abrieron al mensaje de Cristo los corazones de aquellos indios chichimecas que habitaban al Este de Tenochtlán. Se trata de los “Tres niños mártires de Tlaxcala”, Cristóbal, Antonio y Juan, que entre 1527 y 1529 entregaron sus vidas por la fe en los albores de la Evangelización del Nuevo Mundo. Cristóbal, nacido en Atlihuetzía (Tlaxcala) en torno al 1514-1515, era hijo de un cacique principal llamado Aexotecatl. Educado en la fe cristiana por los misioneros franciscanos recién llegados de España (1524), pronto recibió el bautismo sin que su padre lo supiera. Motolinía refiere que Cristóbal hizo rápidos progresos en el aprendizaje y asimilación de la doctrina cristiana, y pronto se convirtió en un activo catequista. Llevado de su celo y proselitismo instó a su padre a que abandonase el culto de los falsos dioses y abrazase la nueva fe de los misioneros. Su insistencia provocó la ira de su padre, que terminó por darle muerte de una forma violenta. El primer mártir de la Nue-

³⁶ La documentación a este respecto se encuentra en el Archivo de la Congregación para la Causa de los Santos, N. VAR. 924/974.

³⁷ Homilía de Juan Pablo II en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, al inaugurar, el 27 de enero, la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Discurso del Santo Padre Juan Pablo II en Cuilapán a los indígenas y campesinos 29 de enero.

va España tenía 10 años. Su sangre se convirtió enseguida en semilla de numerosos cristianos.

Dos años después (1529) el Señor bendijo a Tlaxcala con otros dos niños mártires. Se llamaban Antonio y Juan, y habían nacido en Tizatlán (Tlaxcala) en torno al 1516-1517. Antonio era nieto de Xicoténcatl, Señor de Tizatlán; Juan, de condición humilde, era servidor en la casa de Antonio. Ambos se educaron y recibieron la fe cristiana en la escuela franciscana de Tlaxcala. En 1529 los dominicos, de paso hacia Oaxaca, pidieron a los franciscanos de Tlaxcala unos niños para que les acompañasen en la misión y les sirviesen como intérpretes. Se ofrecieron para ello Antonio y Juan y un tercero llamado Diego. Llegados a Tepeaca (Puebla), los frailes dominicos se detuvieron a evangelizar a los indios de esta región. Como siempre, el método consistía en predicar a los naturales la fe cristiana y en destruir sus ídolos. Los tres niños les ayudaban también en esta obra de destrucción. De Tepeaca pasaron a Cuauhtichan (Puebla), donde continuaron con el mismo sistema de evangelización. Aquí en Cuauhtichan Juan entró a una casa para recoger y destruir los ídolos. De pronto llegaron unos indios armados con palos, golpearon furiosamente al niño que murió al instante. En ese momento llegó Antonio, y también él aceptó la misma muerte por su fe. Ambos tenían 12 años.

Los tres niños de Tlaxcala fueron las primicias de la evangelización en México, los primeros mártires de una Iglesia que daba los primeros pasos. Su causa de Beatificación y Canonización ha sido introducida y se prevé que el Papa los beatifique en su próximo viaje a México.

FIDEL QUIROZ

El P. Fidel Quiroz, actual profesor en la Universidad de Santo Tomás (Roma), nació en Jalisco el 24 de abril de 1941. Licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Gregoriana, y en Filosofía y Letras por la Universidad de Valencia (España). Obtuvo el Doctorado en Teología por la Universidad Gregoriana.

